

## EL ROBERTO JARAMILLO QUE CONOCIMOS

Manizales, 1919-Bogotá, 2006

### SU FORMA SOSEGADA DE ENTENDER LA NATURALEZA

Hace ya tres meses, nos dejó Roberto Jaramillo, nuestro querido amigo “robertico” como cariñosamente le llamaban muchos de sus colegas; nuestro entrañable “jaramilloi”, como afablemente le decimos muchas veces quizás haciendo referencia inconsciente a las muchas veces en que fué empleado su apellido para nombrar especies nuevas de plantas colombianas por el recolectadas. Son varios los chites, orquídeas, quiches, salvias, pinitos, frailejones y romerillos de los páramos de Colombia que llevan su nombre “robertii” o su apellido “jaramilloi” como parte inmortal de los nombres científicos de estas especies.

Conocí a Roberto hace ya 20 años, poco después de mi llegada a Colombia, cuando empecé a interactuar con el Instituto de Ciencias y con sus botánicos -mis actuales compañeros- en relación con la Flora de Mutis. Aunque muchas cosas de Colombia, de su Universidad y de su naturaleza indescriptible me causaron una gratisima impresión por aquellos primeros días en una nueva tierra, quizás nunca hubiera imaginado encontrar en el Herbario Nacional a una persona tan afable, generosa y descomplicada como Roberto, con el que no fué difícil entablar una sincera y respetuosa amistad, emanada de la fuerte empatía que surgió entre nosotros acerca del inagotable campo de la naturaleza, escenario que ni a Roberto ni a mi dejó nunca de sorprendernos.

Entre los mejores recuerdos que guardo de mi vida en Colombia, están aquellas primeras jornadas de campo con Jaramillo por los bosques cercanos al río Magdalena, por Nariño, Guataquí y Jerusalén en el Departamento de Cundinamarca. En aquellas exploraciones botánicas y entomológicas, lo que para mi era nuevo e impactante, para Roberto era apenas una cátedra divertida, una forma de hacer remembranza de algunas de las observaciones y anécdotas vividas a lo largo de medio siglo estudiando, queriendo y entendiendo la naturaleza de Colombia. Roberto, sin prisas y con el sosiego que demandan los ciclos y los escenarios de la naturaleza, reparaba por igual en la flor del lirio blanco que permanecía cerrada hasta las horas de la tarde, en una mariposa brasólida crepuscular que buscaba las guayabas fermentadas o en la oruga que se mimetizaba en tal o cual planta. Recuerdo con especial cariño las bromas surgidas de mi inexperiencia con los palosantos, las pringamosas y otras plantas urticantes o defendidas por hormigas que eran para mi totalmente desconocidas y que Roberto me recomendaba recolectar prioritariamente aparentando tratarse de especies muy interesantes y poco conocidas. De igual modo, lamento no haber grabado sus narraciones de las irrepetibles aventuras y anécdotas en la Sierra de la Macarena o en otras selvas prístinas de Colombia allá por los años 1950 y 60, con diferentes botánicos y zoólogos, algunas en compañía de su esposa Doña Inés, quien siempre entendió y respetó su pasión por la naturaleza.

Aunque siempre se echará en falta su figura entrañable y su honorable barba blanca en el Herbario Nacional, así como sus oportunas anécdotas, consejos y observaciones; estoy seguro que la presencia de Roberto Jaramillo permanecerá siempre en este Herbario unida a sus plantas, a los apuntes de su pluma de tinta roja y a los nombres colocados en tantos pliegos de herbario, que serán parte importante de las monografías de Flora de Colombia que quedan por hacer.

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ-ALONSO



Roberto Jaramillo, Nariño (1986)

## EL ESTUDIANTE-PROFESOR

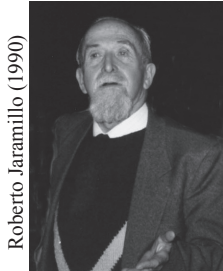


Roberto Jaramillo  
(1999)

Fue precisamente cuando ingresé al Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional para estudiar Botánica que me encontré con un señor de aspecto serio y formal, a quién una lupa siempre le colgaba del cuello; Pensé que era un profesor, pero más tarde supe que sería un compañero de clase, aunque ya hacía algún tiempo era el jefe del Herbario y quién cuidaba con gran celo el manejo de las colecciones; “Son Patrimonio Nacional” nos decía, pero fuera de esto era un excelente amigo y gran colaborador por su experiencia. Solía hacernos preguntas sobre las familias y géneros de las plantas y sus caracteres todo lo cual apreciamos muchísimo porque esto nos servía de entrenamiento y ayuda en nuestro estudio. Luego fuimos colegas y compañeros de trabajo y de excursiones; siempre se distinguió por su caballerosidad y respeto. No está más con nosotros, pero su recuerdo será imperecedero.

MARÍA TERESA MURILLO

## EL MAESTRO



Roberto Jaramillo (1990)

Conocí a Roberto Jaramillo en mi época de estudiante de biología, cuando nos asomábamos por las ventanas del Herbario Nacional Colombiano en el segundo piso del viejo edificio del departamento de Biología, espacio en la actualidad destinado a la biblioteca y a un laboratorio de investigación y de estas ocasiones guardo la imagen imborrable del señor de bata, barba y pelo blanco y la eterna pipa. En 1977 cuando apenas se había jubilado compartí con él y otros entrañables colegas la fabulosa experiencia del trabajo de campo en la Sierra Nevada de Santa Marta, quizá una de las gestas más impactantes en la historia de la exploración biológica de Colombia. Durante casi dos meses compartimos las alegrías, las dificultades y sobre todo tuve la oportunidad de acercarme a ese ser maravilloso que fue Robertico y empezar a entender las razones de su afición por contemplar cualquier manifestación viva en la naturaleza, una de las virtudes que más impactaban a quienes le conocimos y compartimos ratos en el campo. Después de esta experiencia, durante más de veinticinco años recibí su amable y cariñoso trato y me beneficié de su sapiencia y conocimiento de la flora de Colombia, una de las condiciones intelectuales que más admirábamos en Roberto. Generoso sin par con sus conocimientos, una vez yo interactuaba con él, sabía que si quería reclamar su atención constante había que llevarle problemas serios para resolver, puesto que estos eran los que verdaderamente le motivaban durante horas y días en su resolución. Colaboró con propios y extraños en la solución de innumerables preguntas y son varias las generaciones de botánicos que recibieron sus enseñanzas. Durante toda su vida, Roberto fue el guardián celoso de ese patrimonio invaluable del Instituto de Ciencias Naturales, de la Universidad y del País: el Herbario Nacional Colombiano, a cuyo cuidado y atención prácticamente dedico su vida. De Roberto estoy seguro todos tenemos nuestro juicio y nuestra cariñosa evocación, pero quizá nunca se me olvidará la afectuosa y entusiasta con la cual José Cuatrecasas se refería a ese joven que conoció en Bogotá y que siempre abría los ojos de admiración y de deseos de aprender cuando el maestro de maestros hacía sus correrías de herborización. Por todo lo que su generosidad significó, en gratitud varios botánicos honraron con su nombre y apellido numerosas especies de plantas colombianas. Después de retirarse del Instituto de Ciencias Naturales, nos acompañó frecuentemente en ocasiones de celebración, especialmente en las de fin de año y siempre manifestó esa recia personalidad que marcó toda una época en la historia del Herbario Nacional Colombiano. Guardo unos inolvidables recuerdos de Roberto Jaramillo Mejía, el guardián del Herbario Nacional Colombiano, el maestro y colega en el campo de la botánica y de las ciencias naturales y también de Roberto el bromista cuando en las jornadas más duras del trabajo de campo siempre tuvo un detalle para hacernos más llevadero el duro trajín. Cuando evoco su presencia varias sensaciones me invaden, la nostalgia y la gratitud, pero también el regocijo por haber disfrutado de varias de sus facetas como ser humano.

J. ORLANDO RANGEL-CH.